
SOLEDAD DEL CAMPO

¡Salve, fértil campiña y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno,
Libre vagaba el pensamiento mío!
¡Salve, y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias, te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores! [cura,
¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra os-
Donde tornara al que perdí reposo?
¿Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura
De tu arbolado suelo tan frondoso?
¿Quién me diera el pacífico murmullo
De tus olmos mecidos mansamente,
De tus palomas el sentido arrullo,
Y el grato són de tu escondida fuente?
Cuando en tu blanda hierba recostado,
Lejos de los impúdicos festines,
En apacible trino regalado
Me adormían los sueltos colorines.
Y yo les vía en las latientes plumas
Sostenerse, y picar la espesa grama,
Y turbar del remanso las espumas,
Y en el árbol saltar de rama en rama.
¡Ay, cuánto habrán los afanosos días
Hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas, al pasar bravías,
Habrán roto tan frágil hermosura!
¡Cuán mal sonará ya mi voz mundana
Bajo ese techo de hojas campesino,
Sobre esa alfombra espléndida y liviana
Que reverdece arroyo cristalino!
¡Ah! ¡Lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apararé el compás del arpa loca,

Y de tus aves el sabroso sueño
No turbarán los himnos de mi boca.
¡Contento quedaré con saludarte,
Con ver de lejos tu silvestre pompa!....
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte,
En lágrimas de amor cansado rompa.
¡Que nada son los fáciles laureles
Con que el mundo nos brinda lisonjero,
Si al prestarnos su manto de oropeles
Rasga y desnuda el corazón primero!
Cuando seguí, desatentado y loco,
Del mundano placer las torpes huellas,
Aprendí que el placer vale bien poco....
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.
Y siempre, cuando en órgia estrepitosa
La perfumada copa levantaba,
Al apartarla de la faz jugosa,
En el vaso una lágrima encontraba.
Y siempre el són de la caliente fiesta,
Las canciones, la báquica armonía,
Me hacía apetecer la blanda siesta
Y el rumor de los olmos me traía.
Y siempre en su cantar la cortesana,
Y siempre en su tañer la danza impura,
Me acordaba la música villana
Con que la amena soledad murmura.
Que allí la hermosa con mentidas flores
La sien tocaba y el desnudo cuello,
Sin pedir á sus cálices olores
Con que aromar las hebras del cabello.
Que allí los ruiseñores, suspendidos
Entre grillos y cárceles de oro,
Con el ronco tumulto ensordecidos
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado,
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,
Y el inmenso salón entapizado
Érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado, suspiraba
¡Oh deleitable soledad campestre!
Por el sosiego y paz que en ti gozaba
Bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh, que me place, soledad sabrosa,
Del fresco soto y del sombrío ameno,
La tibia luz y el aura bulliciosa
Que alumbra y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila
En el fondo de lóbrega laguna,
Cuál resbalaba en ilusión tranquila,
La turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,
La verde juncia y la amistosa hiedra,
Do tejen campesinas las arañas
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,
Y en tanto que en los hilos se enredaba,
Acechábale oculta, de hito en hito,
La cazadora ruin que le esperaba.

Allí vía, constante en su fatiga,
Ir y venir por la vereda usada
A lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provisión cargada.

Y allí en la rama que la noche fría
Con niebla moja y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse vía
En baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,
Vía huertos con parras entoldados,
Do había pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,
Lirios azules, rosas purpurinas,
Jacintos y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando,
Cruzábale un arroyo, y amarillas,
El césped de la margen salpicando,
Mil vistosas le orlaban florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa,
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa,
De oro y de azul, de púrpura y de grana,
Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores,
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda,
El perezoso caracol salía
Del fresco surco á la pintada falda
A bañarse en el sol de mediodía.

Y sobre alguna fácil eminencia
Extendiendo su cuerpo transparente,
Tornaba á bendecir la omnipotencia,
Los elásticos ojos al Oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardín opimos,
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡Oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En ti, de la inquietud de su locura,
El fatigado corazón reposa.

¿Quién me tornara á la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando són del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas,
Por la importuna suerte arrebatado,
He de cantar en lamentosas rimas
La patria soledad que habré dejado.

¡Adiós, entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo;
Cúbrate en paz el compasivo cielo,
En tanto que de lejos te saludo!

¡Salve, fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno,
Libre vagaba el pensamiento mío!

¡Salve, y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias, te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores!

SONETO

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,
La vista en el jinete alta y serena,
Ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja,
Pálida de valor la faz morena,
É hincha en la frente la robusta vena,
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama,
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama;

Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyete y brama,
Y en grito universal rompe la gente.



Á BLANCA

¡Oh! Que me place, Blanca,
Cerca de mí tenerte,
Cuando la noche turban
Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra
Trémula y transparente,
De las colmadas copas
En los cristales tentes.

Cuando los ojos húmedos,
De luz avaros hierven,
Y en cada luz, sin tino,
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan
Debajo de tu frente
Tus ojos de azabache,
Y hogueras me parecen!

¡Oh! Que me place, Blanca:
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
Por los hombros de nieve,
Cual pabellón que guarda
Del rocío las sienés.

El cuello sin cendales
El aura mansa oree,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueguen,
Como niños sin juicio,
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren,
Formando las palabras
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa,
Brotando de repente,
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido,
Veré cómo, turgente,
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes
Con lanzas en las manos
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Velando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mía,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
Ó que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mujeres,
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa,
Brindemos..... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal descíñes
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
Doblas así la frente?
Acaso los licores....
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios;
Tal vez cuando despierte,
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.

Adiós, hermosa Blanca,
Tranquila y quieta duerme,
Y si despiertas pronto,
A los licores vuelve.

Así se goza, Blanca:
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.



ODA

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto,
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tus alas de vapor lánguido mece,
Y en blando movimiento,
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no más serán oídos,
Que el duelo y los pesares
Sólo en nuestros hogares
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente;
Y el triste eternamente
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
Que sólo da suplicios y agonías,
Y exige soberano
Que llame el triste humano
Imperio paternal su tiranía.

Mas ¿qué vale que errante
Y sólo de los ecos atendido
Mis amarguras cante,
Y el aire se levante
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa,
¿No cantan á la par los ruiséñores?

¿No susurra armoniosa
El agua bulliciosa,
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero,
Cuando el rocío de su bosque orea,
¿No suena lisonjero,
Y en murmullo hechicero
Las hierbas y los árboles menea?

¡Maldita mi locura!
¿No valdrá más cantar cual ellos cantan,
Que acrecer mi amargura
Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! Ven, arpa sonora,
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al són que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonoros.

Pues que es breve la vida
Y es el mundo no más pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluída,
Sepulcro universal será mañana;

Cantaré descuidado
Lo inútil de esta mísera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracán reviente con violencia.

Porque, en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta,
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un dios en Babilonia,

Si por extraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso,
Dió el aliento beodo,
Y dió por fin de todo
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y á su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo
La hermosa Cava, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes
Que esas estatuas hoy le levantemos,
De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
Á sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pie de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brío
Y su beldad primera.....,
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un río?

Y ¿qué han salvado apenas
De tal desorden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias!.....
Humo de aromas, tumba de tiranos
Que manchan las historias,
Dando en cifras mortuorias
Polvo á la tierra y casa á los gusanos.

Y si esto sólo resta,
Y esto por fin de nuestro afán nos toca,
Tonos, arpa, me apresta,
Que quiero en muelle siesta
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis pies resbala
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
Que la arenilla cala,
Y su margen iguala
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla
Le dan manso murmullo y grata sombra,
Y la caña amarilla
La alta cerviz le humilla,
Dándole al paso pabellón y alfombra.

Y le saltan trinando
Pardos mirlos y rojos colorines,
Y en su césped posando,
Las palomas pasando
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto,
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
Legue á mi gente con baldón ó fama
En la mansión del hombre,
Y al universo asombre,
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Tasso, Homero y Cervantes, y murieron
Y sus pueblos amaron,
Y los pueblos que honraron,
Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
Sin medida ni fin, coto ni valla,
Do desnudo y sin tino,
Si encuentra el peregrino
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estatuas algún día
Cual dan á Homero y á Cervantes, quiero,
Si hoy en la patria mía
Fortuna tan impía
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
En que esta vida y tierra se abandona,
Libre acaso de olvido,
Mi sepulcro escondido
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
En mi sepulcro al encontrar mi nombre,
Mas no dirá insolente
Que me pesó en la frente
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto,
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

